

**LAS REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE EL ROL DE CADA
UNO EN LA COMUNIDAD, UNA BARRERA PARA LA
PARTICIPACIÓN Y EL TRABAJO CONJUNTO**

*SOCIAL REPRESENTATIONS ON THE ROLE OF EACH ONE IN THE
COMMUNITY, A BARRIER FOR THE PARTICIPATION AND WORKING
TOGETHER*

Carlos Vecina Merchante¹

TRABAJO SOCIAL GLOBAL 2016, 6 (10), 3-26

Trabajo derivado de la investigación llevada a cabo en el marco del proyecto “Projecte de Desenvolupament Comunitari Pere Garau - Son Gotleu” (Decreto 003848), financiado por el Ayuntamiento de Palma –Islas Baleares, España- (2009-2011).

¹ Universidad de las Islas Baleares. España.
Correspondencia: carlos.vecina@uib.es

Recibido: **27-11-2015** Revisado: **31-01-2016** Aceptado: **16-02-2016** Publicado: **27-06-2016**

Identificador permanente para este artículo: <http://hdl.handle.net/10481/41895>

Resumen

Las representaciones sociales pueden ser un factor de peso a la hora de considerar posibles determinantes en la acción comunitaria. Los diferentes miembros de la comunidad (tanto ciudadanos como profesionales) tienden a agruparse en torno a sus afines, configurando un discurso propio referente a su papel en el contexto y al rol que desempeñan el resto de miembros. Esta circunstancia puede ser una dificultad para la acción conjunta y la integración de las diferentes iniciativas que se ponen en marcha, partiendo de la hipótesis de que la falta de comunicación, o una comunicación inadecuada o sesgada, puede ser una barrera para la configuración del capital social y la cohesión. Este trabajo hace referencia a algunos principios teóricos relacionados con estos conceptos y el papel de cada agente en la comunidad. Para ello clasifica discursos obtenidos en el proceso de una investigación participativa cuyo fin era el conocimiento compartido y la planificación posterior de una acción comunitaria (Vecina y Estrades, 2011) siendo útil ahora para analizar qué hay detrás de las representaciones sociales de cada uno y el contenido que les da consistencia.

Abstract

We believe that social representations can be an important factor when considering the possible determinants in community action. Different members of the community (both, citizens and professionals) tend to cluster around their allies, by setting a discourse concerning his own role in the context and the role played by the rest of members. This may be a difficulty for joint action and for integration of the various initiatives that are launched, whereas the lack of communication, or an inadequate or biased communication, can be a handicap for the configuration of social capital and cohesion. This paper refers to some theoretical principles related to above concepts and the role played by each actor in the community, in addition to analyzing the speeches generated in a participatory research conducted by author in 2011, which is now useful to analyze what is behind the social representations of each one and the content that gives them consistency.

PC.- Representaciones sociales, discurso, capital social, intervención comunitaria, participación social.

KW.- *Social representations, discourse, social capital, community intervention, social participation.*

Introducción

Consideramos el concepto de representaciones sociales (Moscovici, 1975) como un paradigma clave en el que fundamentar postulados en torno a la idea de la intervención comunitaria, desde una perspectiva integral en la que puedan converger los tres protagonistas: ciudadanía, técnicos y representantes institucionales (Marchioni, 2004). La hipótesis de partida se centra en considerar que los agentes comunitarios mantienen representaciones sociales sobre su rol y el que otorgan al resto de protagonistas, un hecho que podría debilitar las posibilidades de generar o mantener un capital social cohesionado en las intervenciones sociales que pretenden ese fin en la comunidad. De esta forma se

irían configurando pequeños grupos con poca o nula conexión, cada uno en su espacio de acción y desenganchados de una visión unitaria.

Se pretende observar las relaciones entre las representaciones sociales y las circunstancias en las que se genera la comunicación intergrupala, el capital y la participación social de los actores comunitarios. Descubrir representaciones sociales de los actores comunitarios y los roles asociados como determinantes de su conducta social, a partir de procesos educativos participativos para el desarrollo comunitario. Para ello este estudio se basa en la exploración de discursos extraídos de un trabajo empírico en dos barrios de Palma (Islas Baleares – España), considerando que esas representaciones pueden ser de utilidad a la hora de poner en marcha proyectos comunitarios, o diseñar acciones encaminadas a reducir dichas contradicciones.

1. Participación y acción comunitaria

Diferentes trabajos desde la Antropología nos previenen sobre las consecuencias negativas que pueden darse en proyectos de cooperación y desarrollo, cuando no se considera la idiosincrasia cultural del territorio y el protagonismo de dicha comunidad en el proceso de su propio desarrollo. La intervención ha de partir de un principio realista que sea capaz de promover un cambio, orientado a la preservación de los sistemas locales, favorecer a través de la formación y la capacitación la eficiencia y eficacia de éstos, siempre partiendo del respeto hacia la organización sociocultural existente y sus estructuras sociales (Kottak,1997).

Si bien esos trabajos se referían a programas de ayudas a la cooperación internacional, lo cierto es que igual pueden considerarse en actuaciones comunitarias de cualquier lugar. Entendemos la adaptación a la que se hacía referencia en el párrafo anterior como un factor de primer orden, se precisa una comunidad integrada por los diferentes agentes activos y comprometidos en acciones conjuntas y representadas en su imaginario de forma similar, o al menos compartiendo los puntos de vista distintos que puedan ocurrir. La acción comunitaria participativa implica que ésta ocurra en términos reales, no bajo una dirección paternalista de técnicos reduciendo a la mínima expresión el protagonismo de la ciudadanía (Vecina, 2013). La organización de la comunidad, fortaleciendo las redes y la búsqueda de mejoras en las condiciones educativas, sanitarias, laborales y sociales (Fernández y López,

2008) puede potenciar iniciativas desarrolladas en esos ámbitos para que resulten más integrales que si se opera de forma unilateral. Partimos en este sentido desde consideraciones que realmente incidan en la transformación de la realidad, desde un enfoque radical basado en “el empoderamiento de las comunidades para facilitar un cambio estructural (...) capacitar a las personas para la cooperación y la interacción en una comunidad de intereses vinculados al concepto de ciudadanía (...) organizar comunidades para abordar intereses colectivos...” (Fernández y Ponce de León, 2014, p.177)

La acción comunitaria participativa permite el debate abierto, fomentando la comunicación en condiciones de igualdad. Esto puede ayudar a crear espacios de interacción que potencien la mejora del bienestar y la búsqueda de intereses comunes (Habermas, 1992). Aunque no siempre las acciones en la comunidad implican un trabajo con ésta, sino más bien una intervención en la que se trabaja de forma más o menos estanca, sobre todo desde el ámbito técnico, cayendo por tanto en esa unilateralidad citada anteriormente. En este marco, el papel de los técnicos es fundamental, por el conocimiento y la formación que pueden poner al servicio de las diferentes iniciativas, sin las cuales peligran incluso las posibilidades de éxito de las prácticas profesionales en ámbitos como el educativo, el social, el de la salud, etc., si atendemos a la amplitud del concepto y los objetivos de bienestar que se persiguen. Barbero y Cortés (2006) dan gran importancia al rol del técnico comunitario, destacando los siguientes roles a asumir: 1) Asesor e informador; 2) Facilitador de recursos; 3) Acompañante en el descubrir potencialidades y barreras; 4) Mediador entre niveles administrativos y en momentos de conflicto; 5) Incitador y promotor, dinamizador; 6) guía para encontrar estrategias y formas de actuar; 7) catalizador de la intervención técnica, ayudando a vehicular el proceso, pero para ello se necesita que las personas y organizaciones formen parte de éste y tengan los mismos objetivos y pretensiones.

También los técnicos precisan el apoyo en su intervención de estamentos superiores. En este sentido, Llena, Parcerisa y Úcar (2009) plantean el problema que se puede generar en los técnicos cuando no tienen el apoyo suficiente de la parte política, directiva o de proyectos y sus tiempos de implementación y cierre. Esta circunstancia puede generar frustración, sensación de engaño y consecuencias negativas para la continuidad del proceso. No hay que olvidar además que en una intervención comunitaria se establece cierto compromiso y responsabilidad de los técnicos hacia la ciudadanía y el territorio; esto implica que hay algo más en juego que el propio programa, se trata de la credibilidad y

profesionalidad de la parte técnica; ésta puede verse gravemente afectada condicionando incluso su trayectoria profesional y sus capacidades de intervenir en el futuro.

Ni todos los técnicos participan, ni lo hacen en la misma intensidad; esto puede depender de múltiples factores que van desde el propio proyecto que desarrollan, hasta factores puramente personales, pero lo mismo ocurre con la ciudadanía, tanto desde las entidades como desde las personas a título particular. Hay que tener claro desde el principio que no todo el mundo está dispuesto al grado máximo de participación, los niveles en los que ir ubicando a los ciudadanos y profesionales pueden ser muy diversos. Llena, Parcerisa y Úcar (2009) nos permiten adelantar algunas posiciones y actitudes en base a unos criterios u opciones posibles: Aquellos que no sienten que sean parte y tampoco participan; los que sí son parte, pero no participan; aquellos que no son parte, pero independientemente están dispuestos a participar e implicarse; los que afirman ser parte y participan, se trata este último caso de una ciudadanía activa en pro de la solución a sus problemas o simplemente en la búsqueda de objetivos comunes.

Podemos distinguir tres grados de relaciones vecinales: convivencia, coexistencia y hostilidad. Esta gradación implica desde una posición ideal, en la que la convivencia entre las personas va más allá de la distinción entre grupos, hasta otras en las que las interacciones están marcadas bajo la consideración de diferencia. La convivencia trataría de la participación plena e integral en actividades diversas, sin importar que colectivo esté detrás de la iniciativa; mientras que la coexistencia implica el recelo, las dificultades de adaptarse y vehicular el cambio sociocultural (Giménez, 2009).

Lo cierto, es que la participación en el espacio local mejora las redes y abre posibilidades a una construcción comunitaria acorde a un cambio en el que todos pueden ser protagonistas. Para ello debe generarse poder suficiente (Reynoso-Vallejo, Miranda y Staples, 2009) y un diagnóstico compartido de las necesidades (Marchioni y Vecina, 2014). La teoría de los tres círculos permite visualizar de forma gráfica esas formas de estar en el proceso comunitario: hablaríamos por tanto de implicación, colaboración o simplemente estar informado de dicha actuación. En estos círculos se irían ubicando los protagonistas, siendo imprescindibles los canales de comunicación para la fluidez de la información, favoreciendo así la posibilidad de un cambio de círculo de un agente, sin que la falta de información del proceso pudiera ser un impedimento (Marchioni, 2004).

También hay que discernir sobre las acciones que se desarrollan, no todo lo comunitario tiene el mismo grado y hay errores que convierten las intervenciones en hechos verticales, que no optimizan su inversión por falta de arraigo e integración real en la comunidad. Hay múltiples formas de trabajar dentro de la comunidad, en ocasiones el trabajo surge desde la parte técnica para ser aplicado en el territorio, aunque al final debe contar con la integración en éste. Si se estanca en ese primer paso y no avanza con el tiempo, algo se está dejando de hacer; la acción comunitaria implica desarrollar desde el principio medidas de capacitación y dinamización de la ciudadanía, convertir a los vecinos en protagonistas del cambio; sólo así se garantiza un futuro y una verdadera intervención. Si es preciso, hay que recurrir a la formación como recurso de autoconciencia y movilización (Marchioni, 2004; Fernández y López, 2008; Marchioni y Vecina, 2014). En ocasiones, las personas se acaban autoexcluyendo, autodesmotivándose por desvalorar su capacidad de acción. Freire (2000) nos da pistas de este hecho como una realidad tangible: “De tanto oír de sí mismos que son incapaces, que no saben nada (...) terminan por convencerse de su ‘incapacidad’. Hablan de sí mismos como los que no saben y del profesional como quien sabe y a quién deben escuchar.” (p.64)

Los programas de intervención comunitaria son un potencial para generar espacios susceptibles de favorecer la interacción con los agentes locales y todos aquellos factores que forman parte de su entramado de relaciones sociales, poder, estatus, roles, etc. En el caso que nos ocupa nos interesa la intervención en acciones que ocurren en nuestro contexto más cercano, nos referimos en este caso a las acciones de dinamización comunitaria que pueden acontecer en barrios urbanos u otros entornos locales.

La comunicación es uno de los ejes esenciales de cualquier acción que pretenda ser comunitaria. La razón principal es obvia, si las iniciativas no cuentan con una vía de transmisión, trasladando al resto de agentes información de lo que se lleva a cabo, difícilmente existirá un trabajo comunitario como tal, pues no se podrán generar dinámicas de implicación y corresponsabilidad, menguando por tanto la participación de los agentes comunitarios más débiles (Marchioni, 2010). Es tarea de todos los implicados hacer que esa información llegue, los técnicos tienen un papel esencial, siendo los primeros responsables en transmitir de qué se habla cuando se trata de una acción comunitaria, de aquello que acontece en el marco comunitario y, por supuesto, de incluir a los verdaderos protagonistas de sus problemas y sus necesidades (Pirla y Julià, 2014).

La comunicación debe entenderse en toda su amplitud, no como simple traspaso de información, sino como un movimiento recíproco que acaba adquiriendo vida propia, más allá de protagonismos particulares. La teoría de los tres círculos muestra de forma gráfica la dinámica e importancia de la dirección de los flujos de esa información (Marchioni, 2010). Sería a través de la comunicación como las personas dentro de un territorio interaccionan y construyen una vida cotidiana común. Es a través de los procesos de comunicación como las personas se conectan con su entorno físico y sociocultural y se hacen parte integrante de éste (Llena, Parcerisa y Úcar, 2009, p.62).

Todo ello nos lleva a plantear el capital social como un concepto clave en el desarrollo y capacitación de una comunidad. Entendemos que el capital social del que disponga una comunidad sería una condición *sine qua non* para sus posibilidades de acción. Coleman (1990) sitúa la esencia del capital social en las relaciones entre los individuos, vinculadas a normas que facilitan la cooperación. La interacción entre los individuos genera vínculos a través de las instituciones sociales y, de esta forma, se favorece la estabilidad de esa relación (Millán y Gordon, 2004). Por su parte, Putnam (2002) relaciona el capital social con el compromiso cívico y centra su atención en su carácter de bien público; es el conjunto de redes sociales existentes entre individuos que implica confianza y reciprocidad (individual y colectiva).

Hablamos de capital social en su carácter comunitario, favorecedor de responsabilidades colectivas, de implicación en los espacios públicos y de mejora de la convivencia; un potencial para afrontar retos colectivos (Alsinet et al., 2003). La apuesta de generosidad por quienes construyen estas experiencias tiene la virtud de romper con el aislamiento e individualismo institucional y profesional al que con frecuencia nos vemos arrastrados. Las redes se demuestran válidas como experiencias que alimentan el sentido de responsabilidad colectiva sobre los espacios y problemas comunes (Longás et al., 2008). Bolívar (2006) considera la importancia de invertir en capital social comunitario, entendiendo el mismo como el compromiso de un colectivo que desea generar procesos de relación y cooperación y, con ello, aumentar la confianza mutua entre sus miembros. El consenso en el conjunto de normas compartidas, la movilización y la gestión de los recursos comunitarios, la generación de ámbitos y estructuras de trabajo en equipo o la cooperación coordinada, son algunos de los retos de la construcción de capital social.

Ese capital precisa una construcción conjunta y para ello resulta interesante conocer cómo viven los verdaderos protagonistas su realidad cotidiana en el contexto, tener conocimiento

de su saber. Esto “no se reduce al conocimiento consciente (...) que orienta nuestras conductas...” (Ubieto, 2009, p.91). Pensamos que en este sentido las representaciones sociales que se configuran respecto al resto de agentes y aquellas interiorizadas sobre el endogrupo, pueden dar pistas de la posición que se tiende a ocupar en el entramado sociocomunitario, la información que subyace a las relaciones y percepciones del *otro*, el desempeño de roles y funciones concretas, papeles, protagonismos de cada uno, y por ende posibilidades de intervención e incluso razones del por qué de la realidad y lo que en ella acontece.

2. Representaciones sociales condicionantes de las relaciones sociales

En estudios anteriores hemos analizado las representaciones sociales entre grupos étnicos y las consecuencias del discurso sobre la interacción social entre éstos en un contexto comunitario (Vecina, 2008, 2009 y 2012). Las conclusiones a las que hemos llegado con estos trabajos son coincidentes; se establece una distancia social relacionada directamente con la representación sobre la brecha que separa la cultura mayoritaria de la de estos grupos; de esta forma se establecen dicotomías *nosotros – ellos*, más o menos amplias según la distancia cultural y de rasgos físicos percibidos. No parecen existir comunidades homogéneas perfectas, las rencillas entre colectivos o grupos aparecen en muchas ocasiones, en este sentido; además, la información que se tiene del otro, del exogrupo, suele ser difusa, contradictoria y tiende a desvirtuar las prácticas sociales de éste, condicionando los espacios de relación que pudieran generarse.

Este hecho podemos apreciarlo en las relaciones intergrupales y la forma en que los miembros del grupo mayoritario nombran a los que ubican en las minorías. Se configura un paralelismo entre raza / representación al que se adhieren toda una serie de categorías que permiten crear diferencias, hasta el punto de que miembros de la comunidad negra se acaban diferenciando entre sí, según si se les considera “negros americanos” o inmigrantes procedentes de África o el Caribe. Las representaciones pueden ser expresadas mediante los nombres utilizados para designar a otros grupos, o a sus miembros, enfatizando aquellos aspectos que muestran la diferencia social como una forma que permite mantener unas diferencias simbólicas que justifican un estatus y posición social (Philogène, 2000).

Ahora nos interesa ver cómo se configura un discurso en torno a los actores que forman una comunidad; entendida ésta como el espacio físico, social y administrativo en el que comparten protagonismo tres actores: ciudadanos, técnicos y Administración (Marchioni, 2010). Sabemos que el grupo, a través de la representación social dominante, ofrece a sus miembros un discurso sobre la realidad.

El sistema de interpretación tiene una función de mediación entre el individuo y su medio, así como entre los miembros de un mismo grupo. Capaz de resolver y expresar problemas comunes, transformado en código, en lenguaje común, este sistema servirá para clasificar a los individuos y los acontecimientos, para construir tipos respecto a los cuales se evaluará o clasificará a los otros... (Jodelet, 1988, p. 488).

También las representaciones sociales, que configuran unos patrones sociales en función del género, aparecen y se interiorizan en los primeros pasos de la socialización, en lugares en los que la interacción social es un hecho y la diferenciación se va generando, reproduciendo posibles patrones culturales más amplios, tal es el caso de la escuela como espacio social, educativo y socializador (Duveen y Lloyd, 1993). Las actitudes de los miembros de un grupo hacia el otro son difíciles de cambiar cuando se sustentan por un amplio segmento de la población, pero esto es posible desde el momento en que se concretan y aíslan, abriendo la posibilidad de argumentos que mantengan una posición que justifica un cambio de actitud. (Liu y Sibley, 2006).

Las redes de relación y apoyo pueden favorecer lazos en la comunidad y la existencia de representaciones sociales sobre las minorías menos organizadas. Esto, junto a diferentes factores que inciden en el proceso de construcción social de la identidad, acaba provocando la infravaloración de ciertos grupos minoritarios poco estructurados y su exclusión de la participación en la comunidad, excluyéndolos de los espacios de decisión y propiciando así una situación de desigualdad social (Campbell y McLean, 2002). Autores como Deschamps et al (2005) encuentran en sus análisis algunas conclusiones interesantes, tales como el hecho de mantener discursos negativos hacia ciertos grupos, en función de la percepción que se tenga de éstos y la atribución de un estatus social inferior; de esta forma relacionan la representación del estatus con aspectos relacionados con la cultura o elaboran justificaciones utilizando la base de una consideración racial, generando representaciones diferentes hacia unos y otros, según la distancia que se perciba sobre éstos.

La sociedad está estructurada en múltiples grupos y los individuos pueden tener muchos de éstos como referencia. Aunque parece ser que acaban compartiendo con algunos sus ideas

y consideraciones hacia otros, apareciendo la relación nosotros – ellos a la hora de identificar a miembros que se consideran pertenecientes a grupos externos, hacia los que el endogrupo ha generado representaciones sociales consensuadas socialmente por sus miembros. Wagner, Holtz y Kashima (2009) parten de esta idea para pasar a analizar la forma en que se comparten ciertas actitudes como el racismo o la xenofobia; pero también a la hora de concebir que los grupos y las representaciones sobre los otros son compartidas por sus miembros, consideradas correctas en un momento determinado, pueden variar dependiendo del contexto, de las propias circunstancias, de la realidad vital de los individuos y de los intereses políticos que puedan tener. Incluso el componente histórico, el geográfico, las identidades asociadas a ello, hace que tengamos unas u otras concepciones sobre nosotros, nuestro origen y el del resto, agrupados en torno a concepciones etnoculturales que pierden sus identidades y límites en la propia historia de los pueblos, sus relaciones, sus competencias y contradicciones (Maalouf, 2012).

Las representaciones sociales configuran la forma de interpretar el universo cercano y lejano, en definitiva el contexto con el que nos relacionamos (ya sea directa o indirectamente en nuestro imaginario). Se trata de una herramienta cognitiva que facilita la ordenación, percepción y acción frente a un ente externo, cambiante o desconocido; se constituyen en forma de esquema que facilita la organización del universo que nos rodea. Moscovici (1975) identifica una estructura propia de las representaciones, así podemos encontrar en su configuración actitudes, valoraciones, la información que ostenta y nutre los inputs que las retroalimentan; finalmente, el campo de representación, el discurso en sí, la expresión de la representación hecha comunicación y acto social cuando se ejecuta. Jodelet (1988) las define como una forma de conocimiento social para mantener una posición frente a determinados acontecimientos u objetos. Se conciben no sólo como una forma de entender “una realidad” sino también de comunicarla, favoreciendo la transmisión de ciertas visiones de la realidad (Uzzell y Blud, 1993; Chaib, Danermark y Selander, 2012).

La intersubjetividad genera, a partir de las visiones individuales, grupales y sus interacciones en la práctica social, la realidad; los sujetos en su propia vivencia construyen socialmente la realidad, por tanto es creada a partir de la interrelación en la vida cotidiana, así lo plantean estudios clásicos como el de Berger y Luckmann (1966/1995). Las representaciones se hacen evidentes, manifiestas, en el propio discurso; una vez que existe interacción pueden entonces ser comunicadas, reforzarse en el consenso y extenderse. Resulta interesante dedicar unas líneas a otro concepto, se trata del de ideología, pues parece existir una

relación directa y recíproca entre ambos (representaciones e ideología). Las estructuras del discurso aparecen conectadas con las sociales que subyacen en éste. De esta forma, las relaciones sociales entre grupos pueden aparecer asociadas a unidades estructurales del habla en un texto. Además, éstas se encuentran incorporadas en una dimensión contextual enmarcada social, política y culturalmente. Los sujetos en este caso aparecen como miembros de comunidades o grupos que hablan y comprenden desde una perspectiva propia, relacionada con la posición social que ocupan (Van Dijk, 1996). La ideología está asociada a cada posición, por ejemplo para defender o legitimar cierto estatus: “En relaciones de dominación, dicho discurso ideológico puede servir para sustentar o bien para cuestionar dichas posiciones sociales.” (p. 16).

Las ideologías se constituyen como creencias fundamentales de un grupo, compartidas por sus miembros, dando sentido al mundo que les rodea y siendo la base para las prácticas sociales que desarrollan (Van Dijk, 2003). El autor presenta un hipotético esquema de las diferentes categorías que podrían entrar a formar parte de una estructura ideológica cognitiva. “Estas categorías definen el significado de lo que supone sentirse miembro de un grupo (...) la ideología es una forma de autorrepresentación y representación de los otros.” (p. 27). Desde esta consideración las representaciones son susceptibles de convertirse en ideologías y viceversa, difuminándose dónde empieza y acaba cada una. Este hecho resulta interesante al dar pistas del entramado discursivo en el que pueden moverse los sujetos, hablamos de consideraciones de clase, en este caso social y profesional, pero también las diferentes dimensiones de éstas, posiblemente una concepción cercana a la de Bourdieu respecto a *habitus*, *distinción* y espacio social asociado a posiciones sociales, prácticas y en definitiva, concepciones y representaciones del mundo.

Los sujetos se encontrarían determinados por sus condiciones objetivas y prácticas, así como por la posición de clase que corresponde al uso de un espacio social común¹. Participando de un *hábitus* concebido como “... ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes, de prácticas.” (Bourdieu, 2003, p.33). En este sentido, pensamos que las representaciones pueden guiar la interpretación del papel de cada uno en la comunidad, factor que puede condicionar su propia acción y lo que espera del resto.

3. Metodología

Se ha realizado una investigación secundaria, a partir de datos primarios obtenidos en un trabajo previo, llevado a cabo a través de una Investigación Participativa en dos barrios de Palma (Son Gotleu y Polígono de Levante, Islas Baleares – España) durante el primer semestre de 2011, bajo la técnica de la audición, cuyo objetivo era la realización de un informe descriptivo contando con la participación de los diferentes agentes comunitarios (Vecina y Estrades, 2011). Se ha seleccionado esta técnica por carecer de guión establecido a modo de preguntas que orienten el discurso, a excepción de la petición para abrir la entrevista “Me interesaría que hable sobre el barrio” con el fin de evitar cualquier tipo de sesgo, incluso en la presencia del discurso de la consideración de la dicotomía nosotros – ellos, o los posibles actores comunitarios que cada una de las unidades muestrales consideran en su aproximación a la realidad comunitaria del contexto.

El contexto en el que se ha realizado el trabajo de campo, entre otras cosas, se caracteriza por la notable presencia de población inmigrante de reciente entrada (primera década del s.XXI). Según el Padrón Municipal de Habitantes, en la fecha de la recogida de información, Son Gotleu en 2011 contaba con un 42,8% y Polígono de Levante con un 18,6% (en 2013 se ha reducido aproximadamente un 1,5 en ambos casos). En las audiciones realizadas a personas españolas de nacimiento, aparecen continuas alusiones a la población inmigrante, algunas referentes al papel que se les atribuye: actitudes contrarias a la integración, falta de cuidado del barrio y de las relaciones con el resto de comunidad, falta de contacto con otros colectivos, factores culturales presentados de forma asociada a su actitud no integradora e incommunicativa.

Muestra para la aproximación a los barrios

Asociaciones		Técnicos		Ciudadanía		Total coloquios	
20		20		14		54	
Grup.	Indiv.	Grup.	Indiv.	Grup.	Indiv.	Grup.	Indiv.
15	5	5	15	7	7	27	27
Total participantes: 98							

4. Resultados

Tras un primer análisis de los discursos, lo primero que aparece explícitamente es la identificación de los agentes sobre la base de una relación dicotómica nosotros – ellos, cada uno ubicado en un espacio distinto, con una identidad bien definida, asociando a sí mismos y al resto papeles, funciones, actitudes, etc., y considerando además distinciones grupales: endogrupo – exogrupo. A partir de esta clasificación, podemos encontrar nuevas subcategorías para cada colectivo, de esta forma se han identificado 6 etiquetas o categorías de análisis discursivo reuniendo las diferentes identificaciones nosotros - ellos: nosotros asociaciones, nosotros ciudadanía y nosotros técnicos. En el caso de la consideración en el discurso de “ellos”: ellos asociaciones, ellos ciudadanía y ellos técnicos. Siguiendo esta línea, podemos agrupar tres tipos de agentes: asociaciones, técnicos (o Administración en su caso) y ciudadanía. Veamos por separado cada uno de los discursos de los diferentes agentes:

4.1 Discurso desde las asociaciones: Nosotros asociaciones, ellos ciudadanía, ellos técnicos

Desde las asociaciones, el discurso “nosotros” gira en torno a aspectos como integración, participación, defensa de la ciudadanía y la comunidad. Se enfatiza la importancia de la labor que se desempeña desde la propia entidad en pro de la integración y cohesión social:

“... africanas que se quedan encerradas en casa, sí necesitan más relación con nosotros y creo que la AMIPA sería una buena forma de integrarlas” (pl, 63-64). ” ... porque conocemos los verdaderos problemas y trabajamos para solucionarlos, hay personas que necesitan integrarse y es a través de la asociación como lo pueden conseguir” (sg54). “Frente a la crisis, la mezquita está haciendo labores de servicios sociales, las personas necesitan ayuda y se está actuando como se puede para ayudarles” (sg14-15). “Lo que ayuda a que el barrio esté cohesionado y la gente pueda luchar por sus intereses, es la participación, nosotros la canalizamos (...) las asociaciones somos de gran importancia para ayudar a garantizar los derechos” (pol, 32-34).

Se justifica bajo la mirada de una comunidad con problemas sociales y carencias, ante las que la entidad está notablemente concienciada, y aparece como un agente de peso por su labor ante las dificultades; defendiendo a colectivos más débiles frente a supuestas acciones negativas de la Administración; ofreciéndose incluso como mediadores para la resolución de conflictos o para facilitar la interacción de la Administración con la ciudadanía. Se muestra un discurso positivo para construir comunidad y barrio. Abogan por la participación a través de las asociaciones como un camino viable para resolver problemas sociales:

“Es importante la colaboración con las asociaciones, sabemos mucho de nuestra gente, podemos interceder en muchas situaciones (...) la participación es necesaria para darnos fuerza” (pol54). “La iglesia está abierta a todo tipo de colaboración con la administración pública (...) nos preocupa la juventud y la falta de empleo (...) les damos formación...” (sg8-14).

Cuando se trata de expresar opiniones sobre la ciudadanía (ellos), el discurso es un tanto pesimista e incluso negativo, lo primero ocurre cuando aparece el tema de la participación ciudadana, encuentran una contradicción entre la representación social que tienen de sí mismas como asociaciones y la poca motivación para participar de la ciudadanía, sobre todo de aquellas personas consideradas del exogrupo, refiriéndose a aquellos colectivos que consideran más necesitados, encontrando incongruente la relación entre necesidades de integración social y la actitud apática ante la participación ciudadana. Lo más destacado del discurso es la alusión a actitudes y prácticas negativas, centradas siempre en el *otro*, el que consideran que pertenece a otro grupo (étnico, cultural, edad).

Las asociaciones de personas inmigrantes se quejan de actitudes de rechazo hacia su población, o la falta de oportunidades gestada desde las actitudes negativas hacia ellos. Mientras que las asociaciones que representan a personas mayores se quejan de aquellos que consideran que han creado el cambio social, es decir, inmigrantes, personas de etnia gitana y jóvenes. Las de vecinos se sitúan en dos discursos, por una parte el positivo y defensor de las acciones de la población, justificadas por sus necesidades y falta de cierta información; por otra parte, los defensores de un barrio basado en el pasado que dirigen sus críticas a la población recién llegada, considerándolas responsables de la difícil situación de éste.

Las asociaciones en general presentan un discurso negativo hacia los técnicos o la Administración. Se sienten abandonados e incluso utilizados para sus propios intereses: “Nos convocan cuando quieren que salgamos en la foto, pero cuando organizamos nosotros algo no aparecen.” (sg22-23). Las críticas no se dirigen hacia técnicos en concreto, sino a carencias o demandas que sí tienen que ver con sus funciones, tal es el caso de la falta de información de la población, sus necesidades sin cubrir, etc. “Hay falta de recursos (...) familias con necesidades básicas sin cubrir (...) no se hace nada...”. Este agente aparece como defensor de la ciudadanía, su visión de la Administración y los técnicos es la de disociación entre estos y aquella: “Para la infancia (...) están sin recibir ayuda, los monitores no quieren hacerse cargo de su responsabilidad.” (pol39-44).

4.2 Discurso desde la ciudadanía no organizada: Nosotros ciudadanos, ellos técnicos, ellos asociaciones

Se presenta un discurso negativo frente al cambio social, se consideran un agente pasivo que padece las consecuencias de éste y no puede actuar frente a ello. Expresan sentimientos positivos y negativos del entorno, pero en muchas ocasiones desde la apatía, la incapacidad para cambiar nada, en algún momento se habla de la falta de apoyos para que exista una identidad de barrio: “...los jóvenes que vivimos en el Polígono (...) no tenemos identidad...” (pol45). Tampoco consideran que las actividades vayan destinadas a ellos, en este saco entran todos, tanto jóvenes como familias, infancia o personas mayores, puesto que incluso los colectivos que sí podrían disfrutar de cierta oferta, o la desconocen o dan por hecho que se lleva a cabo para grupos más cerrados, por lo que no tienden a participar.

Otro de los aspectos está relacionado con las necesidades de la población más vulnerable o la situación de las personas que no tienen trabajo, justificando incluso algunas acciones no normativas que les permiten algún ingreso: “...no tienen dinero ni salida y se meten en formas de ganarse la vida no muy recomendables.” (pol65). Las relaciones con “otros” aparecen marcadas con la identificación de colectivos por origen geográfico o cultural “inmigrante – no inmigrante”, las dificultades en las relaciones intergeneracionales, siendo las personas mayores las que más se quejan del cambio social y el temor hacia otros colectivos, ya sean grupos de edad o de origen. Si bien en la esfera personal reconocen interacciones positivas entre las personas del barrio, independientemente de ese factor

origen. Ven con pesimismo la acción de la Administración, se muestran desengañados. Respecto a las asociaciones, prácticamente no las mencionan y si lo hacen es para hacer referencia a alguna actividad festiva, pero prácticamente no las conocen y, si participan, lo hacen de forma muy escasa y casual.

4.3 Discurso desde los técnicos: Nosotros técnicos, ellos asociaciones, ellos ciudadanía

Desde los técnicos se presenta un discurso, la mayoría de ocasiones, en forma de revisión y autocrítica de su actuación. Principalmente en este caso se centran en la ineficacia ante determinados problemas, a pesar de disponer de ciertos recursos; es como si se considerara que actúan, pero nunca acaban de llegar ahí dónde sería el ideal: “Desde la escuela se intenta orientar, pero no se acaba de conseguir...” (pol.65), posiblemente por el uso de metodologías establecidas de forma genérica, al margen de las realidades concretas de cada contexto social: “No sabemos porqué la metodología no se ajusta a este barrio, si en otros funciona” (sg22). Son un tanto pesimistas ante su trabajo. Si bien en el caso de las entidades no tenían dudas de su labor en pro de la integración y mejora de la población, en el caso de los técnicos, aunque tienen clara su labor, consideran que no es del todo entendida por la ciudadanía, no le llega información o simplemente no quiere participar ni colaborar en las iniciativas que se ponen en marcha: “La escuela pone muchos recursos, pero parece que falta compromiso por parte de las familias...” (pol33). Si bien el sector de la Educación es algo más pesimista, hay otros como el de Salud que se muestra más optimista con la población, como muestra el siguiente ejemplo en referencia a un servicio de promoción de la salud para la población joven: “...tienen información de cómo la gente joven recibe esta información. Me transmiten que están muy contentos de cómo se recibe...” (sg66).

Al referirse a las asociaciones, encontramos discursos tanto negativos como positivos (prácticamente en porcentajes similares). Los positivos se refieren a la actividad de las asociaciones en pro de la integración, la convivencia, la cohesión social y el trabajo conjunto, junto a la predisposición a participar: “En el barrio hay una muy importante colaboración entre las entidades” (pol44); “...son una referencia para las personas inmigrantes recién llegadas...” (sg29). En el discurso negativo se hace referencia a alguna entidad que distorsiona y enfrenta a los vecinos entre sí; a la falta de mayor coordinación y

trabajo en red, o a citar alguna asociación que consideran tiene poca importancia su actuación en relación al barrio.

Su visión de la ciudadanía se centra en la falta de participación, una actitud negativa hacia todo lo que representa el trabajo de los técnicos, consideran que únicamente los quieren para conseguir recursos y ayudas en general, pero con una actitud y comportamiento que dificulta un verdadero cambio y capacitación de la población. Aluden a las trabas para que se fortalezca la cohesión social, representan a la población bajo etiquetas étnicas o de lugar de nacimiento y así consideran que se relaciona e interactúa. No dejando espacio a la interculturalidad, el entendimiento mutuo, obviando posibles relaciones que se dan en la vida cotidiana.

Conclusiones

Cada uno de los protagonistas comunitarios (entidades, ciudadanía, técnicos) se encuentra ubicado en un espacio propio manteniendo una representación social sobre el resto; existe el riesgo de la baja comunicación, puesto que las conexiones entre los tres agentes aparecen difuminadas; se da por hecho la coexistencia de éstos, pero no la imbricación en un engranaje en el que cada uno tenga un papel y ocupe un espacio concreto dentro de una planificación compartida, éste se da, pero sin integración en el conjunto. Veamos como se articula la esencia discursiva de cada parte disgregada:

Asociaciones: Incongruencia entre las necesidades sociales de la ciudadanía y su baja participación. Consideración importante de prácticas negativas de las minorías etnoculturales, mientras los grupos organizados de éstas ponen de relieve lo poco que se les considera en espacios formales de participación. Discurso negativo hacia los técnicos, poco efectivo y no siempre integrado en la realidad, además de considerar que en ocasiones buscan utilizar a las asociaciones en su propio beneficio.

Ciudadanía no asociada: Sentimientos entremezclados sobre el entorno, a veces apáticos y otras veces frustrados por la incapacidad de generar un cambio social. Interacción grupal marcada por las relaciones exogrupo – endogrupo. Pesimistas ante la actuación de la Administración. Bajo conocimiento del movimiento asociativo.

Recursos técnicos: Discurso que continuamente alude a la necesidad de revisión de su trabajo, bajo la mirada de la autocrítica, se consideran ineficaces para ciertos abordajes y, por otra parte, necesarios en la comunidad. Consideran que la ciudadanía no acaba de entender su trabajo, siendo además interesada y poco participativa. Las asociaciones son consideradas positivamente por su labor a favor de la cohesión social.

Las asociaciones aparecen como grupo de referencia cohesionado, garantes de funciones provechosas para la comunidad, pero de igual forma tienen representada la idea de que no son consideradas como tales por los otros agentes. Si bien cada uno en su contexto presenta un discurso a priori coherente con la realidad, cuando se revisa su contenido en conjunto se ponen de manifiesto aquellas incongruencias que ponen en riesgo una visión global acorde con ésta, puesto que cada uno racionaliza sus actitudes y las del resto desde una mirada parcial y subjetiva, sesgada por su propia práctica; no se trata de una visión global, posiblemente ésta sea debida a la falta de interacción y de un análisis profundo con una base participativa.

La idea de sentimiento de pertenencia a la comunidad se muestra como algo de lo que se carece y todos deberían tener. Por su parte, los técnicos, tienen representada una figura, que si bien interviene en el espacio, es ajena a éste, no es considerada como miembro de la comunidad. Esto llama la atención, pues se supone que unos servicios integrados y territorializados deberían considerarse así por la ciudadanía. Pero es evidente que en ocasiones esto no ocurre, se alude a un intento de instrumentalización de las asociaciones por parte de los técnicos, por su propio interés “quieren que salgamos en la foto”; esta situación minimiza la intervención, muestra la carencia de un programa común bajo la base de la elaboración participativa, ejemplos de ello son algunos programas como los del *Proyecto de Intervención Comunitaria Intercultural (ICI)* impulsados por la Obra Social la Caixa, en los que bajo una metodología comunitaria (Marco Marchioni) e intercultural (Carlos Giménez) se plantea un proceso comunitario en los que la participación implica a toda la comunidad y sus protagonistas, desde la Investigación Participativa con el resultado de la Monografía Comunitaria, hasta una programación comunitaria participativa y puesta en marcha por la propia comunidad; sirva como ejemplo de monografía: Vecina, Segura y Alomar (2015).

La situación de los barrios es la de un entorno socialmente desestructurado en el que el tejido asociativo se ha desvertebrado y el cambio social, generado en parte por el cambio residencial de los antiguos vecinos y la incorporación de otros colectivos como residentes,

ha favorecido una situación de baja cohesión de la comunidad en su conjunto, contexto en el que la cohesión y el capital social se encuentra en un nivel básico. Una propuesta de análisis y a la vez educativa podría partir de planteamientos como el Marco Lógico, a partir de un taller participativo (Vecina, Pascual y Ballester, 2015) con el fin de vislumbrar entre todas las partes qué papel juega cada uno, cómo es percibido, sus potencialidades, carencias... con el fin de iniciar una visión de los objetivos, barreras, factores a considerar, oportunidades que ofrece la comunidad como suma de todos, etc.

Discusión

En el análisis de los discursos, hemos podido identificar una tendencia a identificarse con un grupo de pertenencia o, en su caso, de referencia. Así, la ciudadanía parece agruparse en su imaginario con otras personas con las que comparten una similitud percibida de carácter más general, y así sucesivamente hasta considerar su discurso del lado de subgrupos más reducidos; subyace el factor nosotros – ellos marcando una brecha justificada con las representaciones sociales, propias y del resto; siendo además el componente multicultural utilizado para establecer diferenciaciones, según la distancia cultural.

Las representaciones contienen el componente de identidad en la consideración del otro como exogrupo (Vecina, 2008, 2009 y 2012). Incluso aparecen rasgos conceptuales cargados de simbolismo, con el fin de diferenciar a unos y otros, un caso similar al encontrado por Philogène (2000) entre “negros americanos” e inmigrantes procedentes de África o el Caribe. Este hecho se constata al hacer referencia a población inmigrante de origen extranjero de reciente asentamiento.

Si partimos de la hipótesis de la necesaria acción conjunta para ser eficaces y eficientes en la acción comunitaria (Marchioni, 2004, 2010), lo cierto es que las representaciones juegan un papel fundamental, representan una barrera simbólica y real, intersubjetivas y por tanto compartidas, configuradas en nichos grupales estancos, aunque intercomunicados en la acción y las inherentes actitudes hacia sí mismos y hacia el resto.

La comunidad puede permanecer apática a la interacción, sufrir procesos de guetización por la falta de comunicación (Hannoun, 1992); incluso ésta es necesaria para el desarrollo comunitario (Marchioni, 2010; Llena, Parcerisa y Úcar, 2009). Una buena comunicación implica *comunicar lo comunitario* y los técnicos tienen que asegurarse de ello, tienen una

responsabilidad (Pirla y Julià, 2014). Hemos comprobado las dificultades preliminares a que exista una comunicación sin prejuicios, pero además la distribución intersubjetiva de los roles de cada uno pone de manifiesto el trabajo previo a desarrollar. La concienciación es un primer paso, a ello pueden ayudar procesos participativos de Investigación Participativa que impliquen a los tres protagonistas, sin dejar por ello de considerar la comunidad en su contexto, en su idiosincrasia propia, tal y como empezábamos este trabajo citando los proyectos de desarrollo (Kottak, 1997).

Subyace a todo ello la importancia de la capacitación, de la formación, del verdadero papel técnico en este tipo de procesos, con unas funciones que así lo aseguren (Barbero y Cortés, 2006; Vecina, 2013). Siendo la comunidad un espacio susceptible de aplicarse siempre desde una perspectiva participativa, considerando el propio origen de los esquemas mentales asociados al contexto, de las representaciones sociales y el papel que juegan en las dinámicas relacionales. El capital social es la explicitación de la cohesión (Putman, 2002, Alsinet *et al*, 2003); pero dicho capital es difícil de generar desde posiciones estancas como las que acontecen en contextos desvertebrados socialmente, territorios en los que el cambio social no se ha vehiculado hacia espacios participativos favorecedores de integración, en los que se ha perdido o nunca ocurrió la participación ciudadana y la acción conjunta de los diferentes agentes comunitarios.

Referencias Bibliográficas

- Alsinet, J.; Riba, C.; Ribera, M.; Subirats, J. (2003). *Més enllà de l'escola: Transformacions socials i noves dinàmiques educatives i professionals*. Barcelona: Fundació Jaume Bofill.
- Barbero, J.M. y Cortés, F. (2006). *Trabajo comunitario, organización y desarrollo social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1966/1995). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bolívar, A. (2006). Familia y escuela: dos mundos llamados a trabajar en común. *Revista de Educación*, n. 339, 119-146.

- Bourdieu, P. (2003). "Espacio social y espacio simbólico. Introducción a una lectura japonesa de la distinción". En Jiménez, I. (comp.). *Capital cultural, escuela y espacio social* (23-40). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Campbell, C. y McLean, C. (2002). Representations of ethnicity in people's accounts of local community participation in a multi-ethnic community in England. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 12, 13-29.
- Chaib, M., Danermark, B. y Selander, S. (2012) (Eds.) *Education Professionalization and Social Representations. On the Transformation of Social Knowledge*. New York: Routledge.
- Coleman, J. 1990. *Foundations of Social Theory*. Cambridge, Massachusetts y Londres: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Deschamps, J.C. ; Vala, J. ; Marinho, C. ; Costa, R. y Cabecinhas, R. (2005). Intergroup relations, racism and attribution of natural and cultural traits. *Psicología Política*, 30, 27-39.
- Duveen, G. y Lloyd, B. (1993). "An Ethnographic Approach to Social Representations". En VVAA *Empirical Approaches to Social Representations* (pp.90-109). Oxford: Clarendon Press.
- Fernández, T. y López, A. (2008). *Trabajo social comunitario: Afrontando juntos los desafíos del siglo XXI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fernández, T. y Ponce de León, L. (2014). *Nociones básicas de Trabajo Social*. Madrid: Ediciones Académicas UNED.
- Freire, P. (2000). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.
- Giménez, C. (2009). "El Impulso de la convivencia ciudadana e intercultural en los barrios europeos: Marco conceptual y metodológico". En VVAA. *Marco conceptual y buenas prácticas en ciudadanía y convivencia en barrios europeos*. INTICIEN. Serie Igualdad y Ciudadanía, 13. Diputació de Barcelona.
- Habermas, J. (1992). *Teoría de la acción comunicativa, I Racionalidad de la acción, y racionalización social*. Madrid: Taurus.
- Hannoun, H. (1992). *Els guettos de l'escola*. Osona: Eumo.

- Jodelet, D. (1988). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría". En Moscovici, S. *Psicología social II. Pensamiento y vida social* (pp. 469-494) . Barcelona: Paidós.
- Kottak, C.P. (1997). *Antropología. Una exploración de la diversidad humana*. Madrid: McGraw-Hill.
- Liu, J.H. y Sibley, C.G. (2006). Differential effects of societal anchoring and attitude certainty in determining support or opposition to (bi)cultural diversity in New Zealand. *Papers on Social Representations*, 15, 1-15.
- Longás, J.; Mireia Civís, M.; Riera, J.; Fontanet, A.; Longás, E.; Andrés, T. (2008). Escuela, educación y territorio. La organización en red local como estructura innovadora de atención a las necesidades socioeducativas de una comunidad. En *Revista Interuniversitaria de Pedagogía Social*, 15, 137-151.
- Llena, A.; Parcerisa, A. y Úcar, X. (2009). *La acción comunitaria. 10 ideas clave*. Barcelona: Graó.
- Maalouf, A. (2012). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- Marchioni, M. (2004). *La acción social en y con la comunidad*. Zaragoza: Certeza.
- _____ (2010). *Comunidad, Participación y Desarrollo*. Madrid: Editorial Popular.
- Marchioni, M. y Vecina, C. (2014). "Iniciativas comunitarias, convivencia e interculturalidad". En Ballester, Pascual y Vecina (coords.) *Comunidad, Trabajo en Red e Intervención Socioeducativa* (pp. 287-340). Palma: Universitat de les Illes Balears.
- Millán, R.; Gordon, S. (2004). Capital social: una lectura de tres perspectivas clásicas. En *Revista Mexicana de Sociología*, 4, 711-747. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Moscovici, S. (1975). *Introducción a la psicología social*. Barcelona: Planeta.
- Philogène, G. (2000). Blacks as cerciceable other. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 10, 391-401.
- Pirla, A. y Julià, R. (2014). Comunicar lo comunitario. *Cuadernos de Trabajo Social*. (27) 1, 139-152.

Putnam, R. D. (2002): *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Reynoso-Vallejo, H.; Miranda, C. y Staples, L. (2009). "Capital social y organización comunitaria con inmigrantes de bajos ingresos en Chelsea, Massachussets". Úcar, X. (coord.). *Enfoques y experiencias internacionales de acción comunitaria*. Barcelona: Graó.

Ubieto, J.R. (2009). *El trabajo en red. Usos posibles en Educación, Salud Mental y Servicios Sociales*. Barcelona: Gedisa.

Uzzell, D. y Blud, L. (1993) "Vikings! Children's Social Representations of History. En G. Breakwell, y D. Canter, *Empirical Approaches to Social Representations*. Oxford: Clarendon Press, pp.110-133.

Van Dijk, T. A. (1996). Análisis ideológico del discurso. *Versión (Mexico)* 6, 15-43.

_____ (2003). *Ideología y discurso. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Ariel.

Vecina, C. (2008). *Representaciones sociales. Prensa, inmigración y escuela. El caso de Son Gotleu*. Tesis doctoral, University of Balearic Islands. [Publicación en línea] Disponible en:

<http://hdl.handle.net/10803/32148> Consultado el 05 de Julio de 2011

_____ (2009). *Representaciones sociales: Inmigración y prensa*. Palma: Autor /editor.

_____ (2012). Un estudio sobre representaciones sociales de la inmigración en la prensa y en una revista de barrio. *Revista Electrónica de Investigación y Docencia (REID)*. Número monográfico 2, 32-55. Disponible en:

<http://www.ujaen.es/revista/reid/monografico/n2/REIDM2art2.pdf>

_____ (2013). Estrategias comunitarias para la promoción de la salud. *Comunidad*, (15) 1, 14-17.

Vecina, C. y Estrades, M^a. J. (2011). *Diagnòstic comunitari: Barri de Son Gotleu*. Palma: Ajuntament de Palma.

Vecina, C.; Pascual, B. y Ballester, LI. (2015). "Las representaciones sociales entre los protagonistas comunitarios: Una propuesta formativa". En De Juanas Oliva, A. y

Fernández García, A. (coord.) *Pedagogía Social, universidad y sociedad* (pp. 439-450). Madrid: UNED.

Vecina, C.; Segura, A. y Alomar, P. (2015). *Monografía comunitaria Santa Catalina y es Jonquet 2015*. Palma: Ayuntamiento de Palma y Grup d'Educadors de Carrer i Treball amb Menors (GREC).

Wagner, W.; Holtz, P. & Kashima, Y. (2009). Construction and Deconstruction of Essence in Representating Social Groups: Identity Projects, Stereotyping, and Racism. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 39(3), 363-383.

NOTAS

¹ Bourdieu concibe la existencia de un espacio social en el que los grupos son distribuidos en éste en función de dos principios de diferenciación: capital económico y capital cultural.

Carlos Vecina Merchante es Doctor en Ciencias de la Educación (UIB) y Licenciado en Sociología (UNED). Ha desarrollado su actividad profesional como sociólogo y técnico comunitario en diversos proyectos de intervención social, actualmente como coordinador del Proyecto de Intervención Comunitaria (ICI) en Palma de Mallorca, acción implementada por la asociación GREC e impulsada por la Obra Social "la Caixa". Fue colaborador del Instituto Marco Marchioni. Es profesor de Sociología en la Universidad de las Islas Baleares y de Trabajo Social y Antropología en la UNED. Es miembro del Grupo de Investigación y Formación Educativa y Social (GIFES) de la UIB. Sus líneas de investigación se han centrado en aspectos como: la inmigración, las representaciones sociales, el profesorado, la desigualdad social y la intervención comunitaria.

carlos.vecina@uib.es